

CONDICIONES.

El CENTINELA se publicará por ahora dos veces á la semana y costará UN PESO al mes en la Capital y DOCE REALES en los Estados.

Tan pronto como pueda desembarazarme de ciertos negocios que están á mi cargo procuraré que salga á luz diariamente.

Despacho: Calle de Santa Teresa, bajos del núm. 1.

EL CENTINELA ESPAÑOL



PERIODICO POLITICO Y LITERARIO

CONDICIONES.

Haré cuanto sea posible porque esté servido de telegramas y correspondencias como los mejores periódicos de la República.

Despacho: Calle de Santa Teresa, bajos del núm. 1.

Director, propietario y responsable, TELESFORO GARCIA.

PERIODICIDAD

Por qué no funda vd. un periódico español?

Tal es la pregunta que desde hace seis meses se me viene haciendo por respetables compatriotas, así de esta capital como de los Estados.

Voy á decir por qué no lo he fundado.

Cuando, á consecuencia de sucesos que todos conocen, desapareció La Colonia Española, en cuya fundación tomé parte, no estimé decoroso aprovecharme de tal situación para establecer otro diario que reemplazase á aquel.

Pero habiendo cesado los motivos que me obligaron á obrar así y encontrándome libre de los compromisos que yo mismo había establecido con mi propia conciencia, me he resuelto á fundar el periódico que una gran parte de la Colonia ansa, con el fin de llevar al conocimiento de mis compatriotas noticias y apreciaciones sobre cuantos sucesos de interés general ocurran en España ó fuera de ella, y sobre lo que aquí se relacione con el bienestar y el progreso de los que hemos nacido bajo el pabellón de Castilla.

Para esto no estimo que sean necesarias profesiones de fé, cuando voy á dirigirme á hombres entre los cuales he vivido durante largos años, cuyos ideales conozco y defiendo, y de cuyos sentimientos me ha tocado ser eco más de una vez.

¿Significa esto, como yo pretendo, que tratándose de lo que atañe á España todos marchamos de acuerdo; que en cuanto se relaciona con los altísimos intereses de la nacionalidad no existe entre nosotros ninguna diferencia esencial?

Decir, por consiguiente, adónde voy ahora, me parece poco menos que ocioso. Hoy como ayer, creo que el primer deber del periodista español en América, es mantener vivo el cariño de estas naciones nuevas hacia su patria, para lo cual cuenta con una historia en que cada hecho es una maravilla, en que el milagro parece combinarse con el esfuerzo de algunos hombres que la posteridad, si sabe hacer justicia, elevará á la categoría de semidiosos.

Es verdad que el hecho de la conquista americana marca un periodo decadente en España; es cierto que hubo despilfarro de sangre y de energía; pero ese esfuerzo se ha perdido por completo para nuestro país; ¿Se ha esterilizado desgraciadamente la semilla regada con tantos sudores?

Yo creo con fé inquebrantable en la futura grandeza de mi patria. Para afianzar esa creencia me basta leer su historia, analizar su presente, ver cómo en medio de luchas sangrientas, de catástrofes inauditas, alardea de su poderosa vitalidad presentándose al nivel de los primeros pueblos de la tierra, en los grandes certámenes á que concurren las maravillas del mundo moderno.

¿Pero no tenemos aquí además de esto intereses que defender? ¿Tan insignificante es el contingente que la Colonia española presta á esta sociedad, que puede pasarse sin un diario que exprese sus necesidades? Grupo eminentemente económico por los grandes negocios que emprende y explota; eminentemente social por los valiosos intereses que desarrolla, por las nobles familias que crea, por los móviles que le guían y por los ejemplos con que á todos llama al trabajo y al bien, no debe servir para la manifestación de su criterio de un órgano que pueda llevarlo á todas partes sin reservas ni mistificaciones? Si aquí vivimos; si somos un factor importante en los destinos de este

pueblo; si no se da una sola ley que no nos afecte ni se efectúa un solo movimiento que no nos envuelva, ¿qué cosa más natural que declarar nuestras opiniones, expresando en todos los casos, de la manera tranquila y pacífica que conviene al carácter que aquí conservamos, lo que en nuestro juicio conduce al bien, y lo que conduce á la disolución del organismo de que somos parte? En las cuestiones económicas, por ejemplo, ¿quién emitiría una opinión más autorizada que la de esa activísima colmena cuyo trabajo se hace sentir desde la parte más poblada del país hasta el desierto; desde las insalubres costas del Sur hasta las áridas estepas del Norte?

Mas si esto no fuera bastante, ¿podría negarse jamás á los padres que procurasen modificar en sentido de bondad, el medio social en que se ha de desarrollar la existencia de sus hijos? ¿Podría negarseles que luchasen por dejarles una patria virtuosa y feliz? ¿Quién justificaría entonces una preocupación, opuesta á cuanto hay de más natural, de más abnegado y de más benéfico en la vida del hombre?

La esfera que puede abarcar aquí un periódico español, es por consiguiente una esfera amplísima, que ni por olvidada ni por complacida debe abandonarse. Es preciso decir muy alto que no aspiramos más que á ocupar digna y libremente nuestro puesto en la tierra que por suerte nos tocó habitar; pero necesitamos también protestar contra cualquiera tendencia, ya de hacernos descender de ese puesto, ya de mermarnos el campo indispensable para llenar los fines que cada hombre puede y debe llenar en la tierra.

En cuanto á relaciones más altas entre España y la América española, todos saben cómo yo pienso. No creo, en efecto, que haya sido un mal para España el descubrimiento de América, ni estimo que con maldecirlo se borrraría ese hecho, acaso el más glorioso de cuantos registra el progreso de la humanidad. Mi criterio á este respecto está fundado en la filosofía de la historia y ya llegará tiempo de explicarlo. Por ahora solo me permitiré avanzar algunos conceptos.

Los pueblos no realizan su destino en un solo día. Organismos complicadísimos, van desarrollándose por movimientos que importan á veces grandes pérdidas de energía, para concentrar despues su potencia y extenderla eficazmente en las direcciones ya recorridas por ejercicios anteriores. Así una generación trabaja para remotas generaciones, una época, echa á fuerza de fatigas y sacrificios la base del monumento que solo á otra época le es dado levantar. ¿Puede impedirse esto? El padre se sacrifica para sus hijos más que para sí; los españoles del siglo XVI se sacrificaron para los españoles venideros, creyéndoles en el Nuevo Continente ventajas que nadie podrá disputarles. ¿Hicieron mal? ¿Quién osaría afirmarlos?

Es verdad que el hecho de la conquista americana marca un periodo decadente en España; es cierto que hubo despilfarro de sangre y de energía; pero ese esfuerzo se ha perdido por completo para nuestro país; ¿Se ha esterilizado desgraciadamente la semilla regada con tantos sudores?

Yo creo con fé inquebrantable en la futura grandeza de mi patria. Para afianzar esa creencia me basta leer su historia, analizar su presente, ver cómo en medio de luchas sangrientas, de catástrofes inauditas, alardea de su poderosa vitalidad presentándose al nivel de los primeros pueblos de la tierra, en los grandes certámenes á que concurren las maravillas del mundo moderno.

Si, pues, llegase á tener exhuberancia de vida, si los límites que le ha marcado la naturaleza le viniesen estrechos, ¿hacia dónde mejor que hacia este suelo saturado de su espíritu podría extenderse? ¿En són de guerra? ¿Para qué? Despues que se borren ciertas preocupaciones, las nacionalidades hispano-americanas no serán una rica y majestuosa variedad de la gran nacionalidad española? Idénticas en tendencias y casi en necesidades, no podrán establecer el más importante comercio que hasta hoy hayan establecido pueblos

de una misma raza? ¿No es esta por lo ménos la perspectiva de un gran porvenir?

Cuando necesite salir de la esfera particular y principalísima en que gira la Colonia española que vive en este país, ya puede colegirse, por lo que llevo dicho, hacia qué punto se dirimirán mis esfuerzos: procurar que los sacrificios de España hechos en el Nuevo Mundo no sean estériles ni para los hijos que siguen á su lado ni para los que han tomado ya carta de emancipación.

En cuanto á las cuestiones de actualidad que se agitan en el seno de la patria, casi es excusado afirmar que El Centinela será simple relator de noticias y cronista imparcial de sucesos, en cuyo resultado no es posible que alcance á influir. Por más que yo tenga preferencia por ciertas formas de gobierno, siempre he dicho que aquí no soy más que español, lo que importa sincero acatamiento al poder que la nación quiera darse. Reflejo de mis ideas en este punto, como en todos los demás, el periódico que presento á la aceptación de mis compatriotas, recibirá en sus columnas cualquiera observación juiciosa que se haga á su plan de conducta, cualquiera queja contra daños ó perjuicios públicos, y cualquiera iniciativa que pueda redundar en beneficio social. Y, respecto de procedimiento, nadie ignora que ningun género de consideraciones me obligará á callar la verdad cuando esté convencido de que la verdad es el bien.

TELESFORO GARCIA.

SUSCRICION

á favor de los

INUNDADOS DE ESPAÑA.

El ala fatídica de la desgracia viene cerniéndose sobre nuestra amadísima patria de algunos años acá. A la devastación creada por la demencia de los hombres, se ha sucedido la devastación producida por la naturaleza, y cuando la calma renacia, y cuando el trabajo aumentaba, y cuando risueñas y legítimas esperanzas despertaban al entusiasmo á un pueblo tan digno de ser dichoso como el pueblo español, el llanto vuelve á turbar las ya pacíficas campañas, la miseria invade de nuevo los hogares, la desolación tiende su negro manto sobre provincias enteras, y el país se commueve de dolor ante una catástrofe que alcanza las proporciones de las mas horrosas tragedias. ¡Ah! los relatos de las inundaciones del Mediodía son de una grandiosidad espantosa. No solo han conmovido á España, sino que tambien han conmovido á Europa. Los ayes de nuestros compatriotas se han sentido á las orillas del Sena y han tenido fuerza para provocar á su favor un generoso movimiento de filantropía en el gran pueblo que marcha á la cabeza de la raza latina. Tambien aquí han llegado; tambien aquí, aunque tan lejos del yermo teatro de los sucesos, han encontrado la acogida mas cariñosa; tambien aquí el sentimiento de nuestros compatriotas, sabrá responder como siempre á la demanda que España tiene derecho á hacerle en estos momentos. En España se ha abierto una suscripción, encabezada por S. M. el Rey, en favor de los desgraciados; en Francia se hace otro tanto; entre nosotros el Casino ha dirigido á los españoles de la República la siguiente circular, cuyos buenos resultados no pueden ponerse en duda:

“Hace poco más de un año que los temporales del mar Cantábrico dejaron en la orfandad á una multitud de familias cuyos ayes desgarradores llegaron hasta nosotros, motivando uno de esos rasgos de desprendimiento entre los escasos españoles de este país, que dan la medida de nuestro carácter y el testimonio de nuestro patriotismo. Entonces el Casino tuvo la honra de encabezar la suscripción que se abriera para el socorro de las familias de las víctimas, y la satisfacción de ver secundada su iniciativa con una prontitud y un entusiasmo dignos del pensamiento que presidía á aquel acto.

Pero parece que la mano de la fatalidad pesa sobre nuestra querida España. El último paquete nos trae la tristísima noticia de que allí acaba de tener efecto una de esas catástrofes que dejan eternos recuerdos de luto en la vida de un pueblo. Las provincias de Murcia, Alicante, Cartagena, Huelva, Sevilla, y probablemente algunas otras, han sentido el

azote de una inundación desastrosa, y los pueblos que no han sido cubiertos por las aguas se han visto arrasados por el huracán. Segun las noticias que parecen más exactas, han sido destruidas tres mil casas; han desaparecido veinte fábricas; se han convertido en arenales estériles extensas y fértiles heredades; calcúlase las pérdidas de capital en quince millones de pesos y la de vidas en dos mil personas.

Espanta, pues, la importancia del desastre, y aterroriza la idea del número de víctimas que deja en pos de sí. Familias enteras que se ven sumidas en la ruina de la noche á la mañana; padres que presencian la desaparición de los seres más caros de su alma; huérfanos sin más techo que la intemperie y sin más apoyo que la caridad; la eterna miseria como perspectiva de la vida económica; el eterno dolor como esperanza de la vida de los afectos; por único presente las lágrimas, y por único porvenir el socorro público, ¡ah! son cuadros demasiado terribles para no destruir nuestros corazones, y unir al sentimiento de todos los españoles del mundo el sentimiento profundamente amargo de los españoles de México.

No, no somos aquí, ni podríamos serlo jamás, indiferentes á las desgracias de España. Léjos de eso, parece que con el alejamiento se acrecienta el amor y se avivan los afectos, como si al borrarse por la distancia los detalles, no quedase en el fondo del cuadro mas que la imagen divina de nuestra patria, tanto más interesante cuanto más desgraciada. Y si allí el Rey se desprende noblemente de lo que se debía gastar en sus bodas, para acudir con esos recursos al amparo de los desgraciados; y si la Princesa de Asturias nos da ejemplo generoso de su desprendimiento; y si todas las clases se apresuran á depositar su óbolo en los centros de suscripción, realizando así un acto sublime de filantropía y españolismo, ¿con cuánta mayor razón lo debemos hacer nosotros que no pagamos á la patria más tributo que el de ayudarla voluntariamente en alguna de sus desgracias?

Penetrada de tales ideas, la Junta Directiva de este Casino se ha resuelto á iniciar una suscripción en toda la República, con el fin de poder unir el socorro que el Gobierno y el pueblo español están dispuestos á prestar á las víctimas de la catástrofe de las provincias del Mediodía, la escasa, pero sincera ofrenda de los españoles de México.

Queda Vd. por lo tanto autorizado para que, en union de las personas que estime prudente asociar á su cometido, se digne abrir en ese punto la lista de suscritores, remitiendo lo que se recaude á los Sres. Pío Bermejillo y C.ª, Cadena núm. 9, México, con la brevedad posible.

Nos es grato, con este motivo, manifestar á Vd. los sentimientos de consideración y aprecio que nos merece.

México, 4 de Noviembre de 1879.—El presidente, Ricardo Sainz.—R. del Valle, secretario.

Creemos innecesario excitar en los españoles el sentimiento caritativo. En los grandes dueños de la patria, jamás ha sido el último el socorro de los que viven en México. Que no lo sea ahora tampoco.

La suscripción ha empezado en la capital con lo siguiente:

Table with 2 columns: Name and Amount. Includes Ricardo Sainz (\$400), José Antonio Mendizábal y Bernaldo Mendizábal (100), Juan Martínez Zorrilla (100), José María Ruiz (10), Vicente Alonso (100), Ramon Pelaez y Sobrino (50), Manuel Romano (100), Ramon Usandizaga (10), Manuel Ibañez (150), Suñaga hermanos (100), José Toriello Guerra (300), Santos Pelaez (25), Alejandro Sela (160), Gabriel Bivas (10), Tomás de la Maza (5), Testamentaria de D. Cayetano Rubio (20), Enrique Aresti (50), Hijos de Francisco de P. Portilla (150), Eduardo Argüelles (10), Francisco Frida (100), Anacleto Milena (5), Valentín Garro (5), Manuel Rivero (25), Juan Llamado (50), Isidoro de la Torre (100), Gregorio Palacios (25), Francisco Pereda (4), J. J. (5), Prudencio Gutierrez (5), E. Echazarreta (25), Arena Marcos (25), José M. Bermejillo (25), Benito Arena (100), Francisco Diaz (5), Eustaquio Larrea (5), Juan Buxó (10), Pedro Palaez (100), Francisco Azurmendi (25), Félix Cuevas (20), Antonio Ruiz Lavín (10), Angel Balmori (2), Corredor Breier, alemán (5).

Table with 2 columns: Name and Amount. Includes Clemente Ballesteros (10), Fermín Collado (30), Francisco Arna (1), Raimundo Mora (20), Gil Echeverría (40), Marcos Diaz (10), Suma (\$2,647).

BARATIJAS.

¡Vaya un título singular, exclamaréis, el que este prójimo ha puesto á un artículo de periódico!

¡Baratijas! Y esto, ¿qué quiere decir? Un poco de paciencia y lo sabreis.

¿Habeis leído el programa de esta nueva publicación de cabo á rabo? Sí?

Pues entonces leed estas líneas que no son otra cosa que el programa de una serie indefinida de artículos, titulados lo mismo que el presente.

¿Por qué no habia yo de hacer tambien el programa de mis artículos, puesto que el nuevo periódico hace el suyo? Qué más tiene el periódico en que yo escribo, que yo que escribo en el periódico?

Leed, pues, mi programa, y en él encontrareis la explicación del título que tanto debe haberos chocado.

En esta época filosófica por excelencia, en que todo el mundo se cree en la obligación de ser grave, y serio hasta el fastidio, en que el imberbe mozo, que aun tiene la leche en los labios, posee un método infalible para descubrir la verdad, en que se tratan las cuestiones de una manera positiva y por consiguiente fastidiosa, proscribiendo de toda discusión aquel buen humor que hacia llevara la vida de nuestros padres, en qué ni para un remedio encontrareis en los periódicos algo que esparza el ánimo, por estar anatematizadas la ligereza y la alegría, en esta época precisamente es cuando más necesario creo que un escritor se decida, aun á costa de pasar por insustancial y de poco peso, á desarrugar un tanto el ceño de sus lectores.

Porque la verdad, lectores, hombres de juicio, de peso y de pesos, me dais lástima. Solo de pensar que vais á estar condenados eternamente á leer cosas muy buenas, muy profundas, llenas de ideas que os calienten la cabeza y os enfrien los piés, y esto, despues de haber consagrado un día entero á vuestras graves ocupaciones, experimento por vosotros una compasión, que me hace venir las lágrimas á los ojos.

Yo me propongo ser vuestro redentor. Quiero redimiros del yugo de las ideas trascendentales que trascienden á bostezar de fastidio y á quebraderos de cabeza, para haceros gustar de las delicias que causan las ideas de sentido comun. Estas de seguro no os harán meditar, nada nuevo habreis aprendido cuando las hayais alojado en las celdillas de vuestro cerebro, pero en cambio no os fatigarán, no os causarán un solo dolor de cabeza, no os harán emprender un trabajo nuevo estudiándolas cuando anheleis reposar de vuestras diarias tareas.

Para expresar esas ideas es para lo que he elegido este título: Baratijas.

Baratijas es un título admirable, tanto para el escritor que no quiere prometer nada, como para el lector que no sabe lo que quiere, que nada se atreve á querer, y que, cuando mucho, solicita que se le distraiga un momento.

Baratijas digo, porque las ideas que voy á exponer, los juicios que voy á formular, las verdades que voy á decir, son ante todo baratos, tan baratos que os juro que no habrán de costarme un momento de estudio ni de meditación.

Y no solo por eso son baratos, sino porque tan poco valen, que andan en boca de todo el mundo, al grado de que vosotros al leerlas en letras de molde, no podreis ménos que decir:—“Esto mismo me habia ocurrido ya.”

Y creedlo: si tal cosa decís, habreis realizado el mayor de mis deseos.

Pamplinas y nada más, hé aquí lo que serán mis baratijas. El resultado de la impresión que en el primer momento experimento al ver las cosas que pasan ante mis ojos, así políticas como administrativas, como artísticas, como literarias.

Mis baratijas tienen que ser un cajón de sastre en que haya un poco de todo. A veces os hablaré de cuestiones serias, pero las más de las ocasiones de esas mil